

FRANCISCO PRATS-RAMIREZ

En el Día del Periodista

EL: TRUJILLO



EDITORIA DEL CARIBE, C. Por A.
CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1 9 6 1



13 nov. 1973

BN

923.17293

T866-Pna

El periodista dominicano tiene cada día un tema ante su atención y una sola convicción para sostenerla toda la vida. El tema de hoy es el día que nos consagró Trujillo, honrándonos, al reconocer el valor social de nuestra labor. La convicción es la misma que hace años levantamos en alto como un banderín de combate: nuestro concepto de la democracia y nuestra inmovible fe en las excepcionales condiciones de estadista del ilustre Padre de la Patria Nueva.

Democracia es, fundamentalmente, voluntad de pueblo orientada hacia el bien general. No es turba que aúlla, ni masa que se desborda, sino sereno propósito mayoritario que persigue un fin de superación colectiva.

Democracia es selección de los mejores por los más, escogimiento de la singularidad apta por una pluralidad consciente

para el perfecto funcionamiento del Estado. La violencia autoritaria, el jefezuelo que manda entre los gritos estridentes de multitudes mutiladas de conciencia, aunque aparenten desenvolverse en un clima popular, son obviamente antidemocráticos.

Democracia es Ley dictada por quienes deben hacerlo y aplicada por tribunales capaces e imparciales. Lo otro la justicia aplicada por jueces extraordinarios, por cortes de partido, libres para la crueldad aplastante y para la coacción del terror, es práctica antidemocrática, inhumana, anticristiana, aprendida en la coordinada impiedad de "El Estado y la Revolución" de Lenin, en la agresiva pesadilla del "Mein Kampf" de Hitler o en las embriagueces oratorias de Mussolini.

Democracia es ordenamiento, organización, plan, método, respeto, todo encaminado al acrecentamiento de la riqueza nacional para crear un continuo mejoramiento del modo de vivir de la colectividad. Democracia no es soporífera perorata en la plaza pública, ni confiscación de bienes, ni fusilamientos para imponer ideologías malsanas, aunque los aplaudan masas desorientadas por la incultura y el soborno que han perdido los ojos del entendimien-

to y no ven la ruina económica, el desastre moral y la derrota de los frenos religiosos en donde ellas mismas tambalean trágicamente.

Democracia es armonía, convivencia, fraternidad, no odio en permanente amenaza, ni delación en continua agresividad contra la tranquilidad de la familia.

Democracia es, en esencia y desde hace siglos, aptitud para vivir una vida cristiana en la organización política que soberanamente estatuyan los pueblos. Es así. Lee- mos y releemos la historia del pensamiento político y sus obras fundamentales, desde los luminosos días helénicos hasta el parcialismo racista de Spengler —pasando, naturalmente, por los hitos mayores de “El Príncipe”, de Maquiavelo; “El Leviathan”, de Hobbes; “El Espíritu de las Leyes”, de Montesquieu; “Del Contrato Social”, de Rousseau; “La Política Positiva”, de Augusto Comte; “La Democracia en América”, de Tocqueville; “El Capital”, de Marx; “El Individuo contra el Estado”, de Herbert Spencer, y “Reflexiones sobre la Violencia”, de George Sorel— y debemos concluir afirmando que el primero y más grande demócrata del mundo es Jesús, el sublime galileo manso y fuerte que reclamaba

la proximidad de los niños y expulsaba del templo a latigazos a los impúdicos mercaderes.

Los que son preciados dones de la democracia bien entendida, aúpan, sostienen y renuevan el mecanismo político dominicano. Vivimos en democracia de orden. Vivimos en democracia de pautas cristianas. La no-democracia, la antidemocracia, con todos sus lacras, con todas sus agonías, con todas sus lágrimas, con todas sus miserias, con toda la sangre vertida, nos envidia desde las hirsutas selvas morales de Cuba y desde las ultrajadas tierras gloriosas de Venezuela.

Queremos y debemos conservar esa democracia, aumentando progresivamente sus beneficios sociales. Un imperativo de patriotismo y de seguridad nos obliga a mantener y defender nuestro sistema de vida frente a las amenazas que nos rodean de cerca y frente a las inquietantes interrogaciones de un mundo dividido, de una humanidad herida de vacilaciones y castigada por dramáticas embestidas internacionales.

Democráticamente debemos llevar a la práctica nuestros empeños y como el autén-

tico procedimiento político de la democracia es de urnas, de votos, de elecciones, de derecho y deber de sufragar, es en los comicios de 1962 cuando tendremos que reafirmar nuestra voluntad de seguir siendo lo que felizmente somos.

¿A quién seleccionar para el puesto de mando en estos sombríos años de imprevisibles —o previsibles— nefastos acontecimientos mundiales?

Hay pueblos —muchos pueblos— que se ven obligados a escoger entre nulidades izquierdistas, medianías conservadoras y mediocridades reaccionarias, para darles el supremo encargo de orientar sus destinos. No abundan en nuestros días auténticas personalidades de excepción en el campo de la política militante. Raros son los que aúnan hoy en una individualidad radiante los imponderables tesoros de la idea y de la ejecutoria.

Existe y ha existido siempre el hombre extraordinario que a aletazos de genio y golpes de voluntad hace la Historia. Es el Héroe de Carlyle o el Supremo Legislador necesario de Rousseau o el Providencial de los monarquistas en sus momentos estelares; pero lo cierto es que, por terquedad intelectual o por pasión política, se alejan

de la realidad humana los que atribuyen exclusivamente a fuerzas económicas y sociales el acaecer triunfante de pueblos y naciones, como lo intenta la escuela de los historiadores norteamericanos agrupados en torno de James Harvey Robinson y la "New History" y como lo sustentó Engels y sus seguidores teorizantes del marxismo ortodoxo.

El grande hombre señorea en las cumbres de la evolución de la humanidad. Como lo he repetido en más de una ocasión, la Historia es en esencia la biografía de los grandes hombres. Falló la milenaria sabiduría china cuando dijo que "el grande hombre es una calamidad pública"; puesto que viven todavía Confucio, Laotsé y Mencio, el filósofo democrático, mientras son huesos anónimos las amorfas multitudes que repitieron el proverbio infundamentado y pesimista.

Privilegio de Dios y del Destino, nosotros tenemos nuestro Héroe Nacional. Es el hombre que torció el rumbo, incierto y penoso, de la historia dominicana; es el estadista impar que transformó el caos en orden, la miseria en riqueza, el analfabetismo en cultura, la impiedad positivista en religiosidad; es el Líder, el Caudillo, el

Conductor, el Rector, el Jefe, que hizo de un pueblo sentado en las rutas ascendentes que cruza la humanidad, una nación vertical en dignidad, en trabajo, en fortaleza. en espiritualidad.

Hace algunos años se editó un atractivo libro con una serie de estudios “acerca de cómo pudieron haber sido algunos acontecimientos decisivos de la historia”. En él. Guedalla especulaba sobre las consecuencias que hubiera tenido un triunfo de los moros en España; H. A. L. Fisher sobre lo que hubiera ocurrido si Napoleón hubiera podido escapar a América; Winston Churchill sobre los resultados de una victoria del General Lee en Gettysburg. Sería de verdadero interés reunir en un volumen algunos ensayos acerca de qué monto tendría la deuda externa; qué sería la región fronteriza, qué influencias foráneas estarían dominando nuestro país, cuál sería la población actual después de incontenidas epidemias, epidemias y permanentes guerras fratricidas, en qué estancamiento permanecería nuestra cultura general, cuáles energúmenos salidos de la montonera tendrían voz y mando para la liquidación de la República, de no haber ocurrido en nuestro devenir político la demarcación salva-

dora del 1930, hecha por ese Líder, por ese Conductor, por ese Jefe extraordinario y decisivo.

El pueblo dominicano no tiene que escoger dirigente entre la medianía engréida, la mediocridad apandillada o la demagogia desorbitada, como es frecuencia fatal en otras latitudes. Hace ya años que su experiencia, su gratitud, su admiración y su previsión han seleccionado. Ahora, oteando los horizontes, orgulloso de su presente, seguro de su porvenir, celoso de su soberanía, avizor de los movimientos envolventes del Leviatán extremista, ratifica su voluntad de ayer y de siempre y clama para que en las elecciones de 1962 su permanente e insustituible mandatario en la Rectoría Nacional sea el candidato a la Presidencia de la República, EL: TRUJILLO.

Oscurecidos están los cielos del mundo. Cada voto depositado para Trujillo en 1962, asegurará a la República seguir su marcha hacia metas cada vez más altas, teniendo senderos y rutas sin noches, al ser iluminados éstos por cinco radiantes estrellas tutelares. Vamos hacia el futuro con ejemplar alacridad, con un pueblo compacto, con una nación formada, con un Estado fuerte y respetable. ¡Trujillo siem-

pre es futuro, porque para los dominicanos —y para el mundo!— él es fe, esperanza y caridad y esas tres clásicas virtudes cardinales no miran hacia atrás, como la mujer de Lot, sino hacia adelante, hacia el porvenir, hacia las cumbres, hacia el sol, como las águilas.

